

De libros, escritores y bibliotecarios

Juan Ramón CORPAS MAULEÓN

DICE Mallarmé (decía) que todo lleva a un libro. Es posible que tenga razón. Pero el libro, antes de ser, ha sido soñado por alguien que, a la manera de un dios, lo ha contado o cantado después. Así es como debe entenderse la cita homérica «los dioses tejen desventuras para que los hombres de generaciones venideras tengan algo que cantar» que se lee en el libro octavo de la Odisea.

Sin embargo, para los antiguos la palabra escrita era sólo un sucedáneo de la palabra oral, y así Platón apunta que los libros parecen cosas vivas pero ocurre con ellos lo que con una efigie: que uno les habla y no contestan. Y es que en aquellos tiempos las gentes tenían todavía la expresión ancha, serena y luminosa y los libros, manuscritos todos, debían leerse en alta voz; era una buena manera de obligarles a contestar a quien les hablaba. A este respecto viene muy al caso recordar el episodio, tan poco divulgado, de la reacción de asombro que provocó en San Agustín el encontrar a San Ambrosio de Milán leyendo solo y ¡en voz alta! No existe constancia de que nadie lo hubiera hecho antes que él.

Son ellos, los grandes místicos, sucesores de Ambrosio, los verdaderos responsables de la lectura silenciosa y solitaria. Adeptos del diálogo secreto con el libro y sus alegorías. Mohyddin ibn Arabi dejó escrito que «el universo es un inmenso libro; cuyos caracteres están transcritos en la tabla eterna por la pluma divina, por eso los fenómenos esenciales divinos escritos en el «secreto de los secretos» tomaron el nombre de «letras trascendentes». Y esas mismas letras trascendentes, es decir, todas las criaturas, después de haber sido virtualmente condensadas en la omnisciencia divina, fueron, por el soplo divino, descendidas a las líneas inferiores, donde dieron lugar al universo manifestado». Ellos mismos, o sus epígonos, advirtieron que hay libros «escritos por fuera» y otros «escritos por dentro»; simbolizando de este modo el sentido exotérico y esotérico de lo que se lee, que es como la espada de dos filos que sale de la boca en forma de palabra.

87

A nada puesto que esté uno en el lenguaje de los símbolos, deducirá con claridad meridiana que el universo es una trama concebida por escritores y fabricada con libros.

En ese universo, el bibliotecario es el centinela.

Él archiva los libros. Los ficha, los ordena, los organiza. Por tamaños o colores. Por temas o nacionalidades, por géneros tal vez –ya dijo Boileau que todos los géneros son buenos salvo el género aburrido– acaso, por alfabética secuencia. Es el funcionario del olimpo de las letras, el can Cerbero de las cavernas del tártaro, la esfinge que conoce el santo y seña de esa cárcel, santuario o alcazaba.

Los libros no son suyos, pero como si lo fueran. No es un místico, pero en sus dominios nadie se aventura a levantar la voz, a levantársela. Y el escritor le contempla con airado estuport, con ofendido ademán, con envidia malsana y desmedida. Lo mismo si se trata de la livia-

na Charity Royal protagonista del «Estío», de Edith Wharton, a quien los libros molestan y la biblioteca aburre, o de ese alcaide de los infolios, los prontuarios, las crestomatías, los eucologios y las analectas, llamado Jorge de Burgos, o Jorge de Borges, o no sé cómo ya, e inventado quizás o recreado acaso por un escritor como el bibliotecario argentino o por un italiano bibliotecario que sueña ser escritor o por el Eco de un escritor y bibliotecario, o vaya usted a saber por quién.

No importa mucho. Lo fundamental está dicho. El libro es el tesoro escondido, el grial extrañado, la doncella raptada, la princesa cautiva. Y la biblioteca, claro, es la caverna, la fortaleza, la mazmorra, la ciudadela, el bastión.

Luego está él. El bibliotecario.

Poseedor de la clave, guardián del secreto, gendarme de la puerta, monstruo que oculta o que vigila el grial, la doncella o el vellocino. Déspota del silencio. Poderoso y maligno, la sabiduría ha penetrado en su interior por una ósmosis de proximidad, de igual manera que las piedras preciosas que el tiempo ha ido incrustando en el vientre del dragón y que ahora fulgen sobre el pálido verdor de sus escamas.

Queda el escritor para completar este estrecho triángulo pasional. Amante de la doncella, buscador del grial, soñador del manuscrito, vive sumido en una sola y compulsiva obsesión: el libro. Los libros. Son su ahoma, su ambrosía, su dosis imperiosa de caballo, su opio fundamental, su mayor deseo. Quisiera robarlos, poseerlos, acariciarlos, contemplarlos, leerlos, hablarles, aunque quizás, como pensaba Platón, a veces no le contesten.



Ahora, el bibliotecario ha pedido al escritor que redacte un artículo para su revista. El escritor ha dudado mucho. Si hacerlo, si no. Qué escribir. Cómo escribirlo.

Al final ha decidido preterir al eterno mentiroso que habita en su interior y decir, por una vez, la verdad monda y directa:

Ten cuidado conmigo, bibliotecario.

. Yo soy tu enemigo.

El único.

El peor.

Y entre tú y yo, el lector es la única barrera, blindaje, muralla, loriga o armadura.

. Numerosa pero frágil.

En tanto él se conserve sobreviviremos los dos.